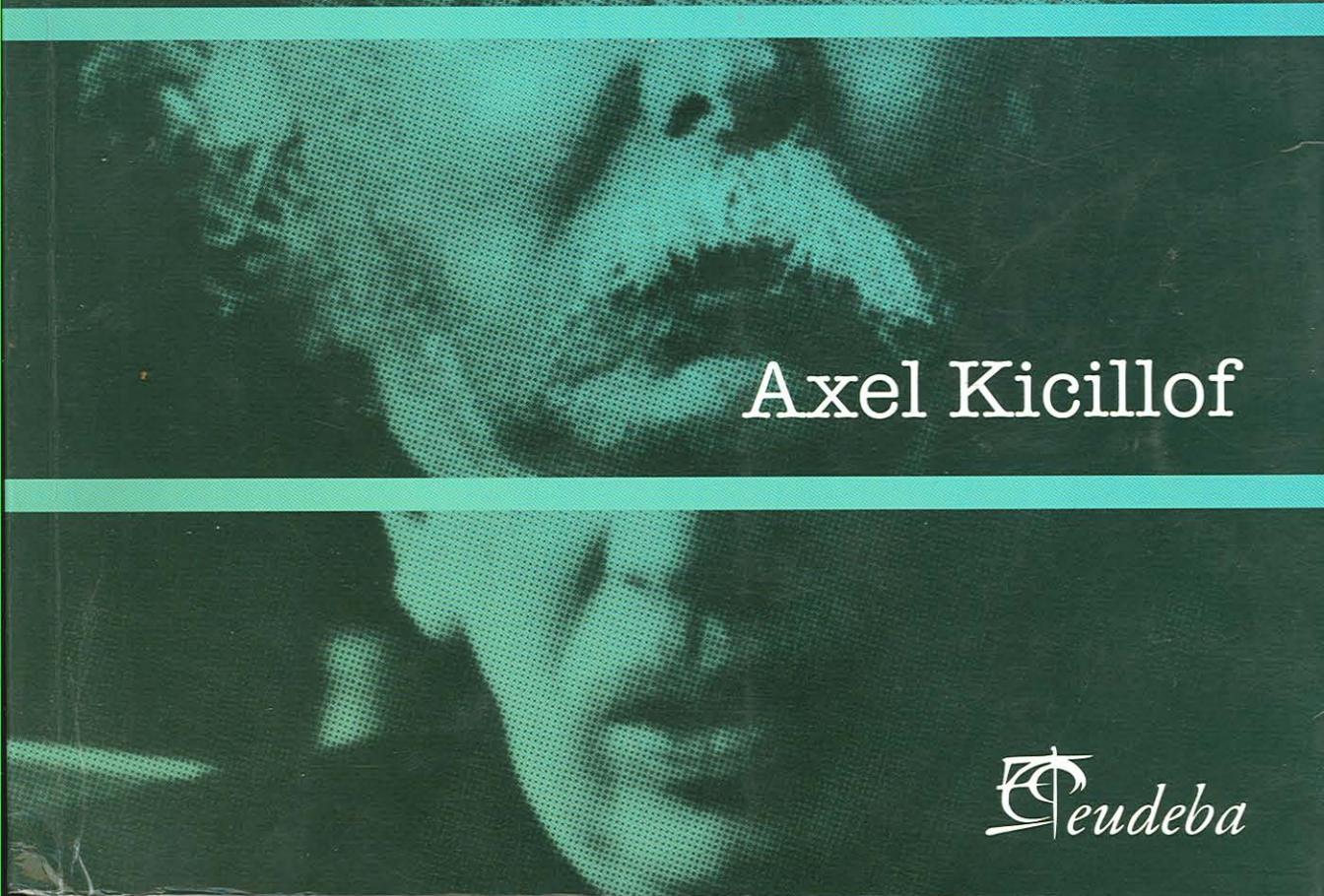




de**SMITH**a**KEYNES**

**SIETE LECCIONES
DE HISTORIA
DEL PENSAMIENTO
ECONÓMICO**

Un análisis de los textos originales



Axel Kicillof

 *Peudeba*

Kicillof, Axel

De Smith a Keynes : siete lecciones de historia del pensamiento económico : un análisis de los textos originales . - 1a ed. - Buenos Aires : Eudeba, 2010. 376 p. ; 18x24 cm. - (Temas)

ISBN 978-950-23-1758-8

1. Economía. I. Título CDD 330.1



Eudeba
Universidad de Buenos Aires

Primera edición: octubre de 2010

© 2010

Editorial Universitaria de Buenos Aires
Sociedad de Economía Mixta
Av. Rivadavia 1571/73 (1033) Ciudad de Buenos Aires
Tel: 4383-8025 / Fax: 4383-202
www.eudeba.com.ar

Composición general: Eudeba

Impreso en Argentina

Hecho el depósito que establece la ley 11.723



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

ÍNDICE

PREFACIO	9
Introducción y plan del libro. El actual desprestigio de la historia del pensamiento económico	10
Algunas observaciones sobre el enfoque adoptado	16
Estructura del libro	20
LECCIÓN 1. ADAM SMITH Y EL NACIMIENTO DE LA ECONOMÍA POLÍTICA CLÁSICA	23
Introducción	23
Las circunstancias históricas en las que escribió Smith	26
Naturaleza de las leyes económicas: ¿qué es la mano invisible?	29
Controversias sobre el origen de la riqueza: la ruptura de Smith con las corrientes de pensamiento económico anteriores	35
Los rasgos novedosos del capitalismo y la división del trabajo	44
Discusión sobre el origen del intercambio	52
La génesis del capitalismo y la extensión del mercado	61
LECCIÓN 2. ADAM SMITH Y LA FORMACIÓN DEL SISTEMA CLÁSICO	65
Prolegómenos del análisis de la mercancía: la "génesis" del dinero	65
La centralidad de la ley del valor	71
Dificultades para convertir al trabajo en la fuente única y exclusiva del valor	74
Abandono de la teoría del valor fundada en el trabajo	85
Precio natural, precio de mercado y leyes de la distribución	95
Salario	98
Ganancia	104
Renta de la tierra	108

LECCIÓN 3. DAVID RICARDO Y LA CULMINACIÓN DE LA ECONOMÍA POLÍTICA CLÁSICA	113 _n
Introducción	113
La época de Ricardo	116
Algunas notas sobre el método de exposición de Ricardo	117
Preámbulo de los Principios de <i>economía política y tributación</i>	123
Valor de uso y valor de cambio	125
La "comprobación" de la determinación del valor por el tiempo trabajo	129
La renta diferencial de la tierra	134
Dificultades que Ricardo no consigue resolver	140
El dinero en el sistema clásico	144
Los límites de la acumulación de capital en el sistema clásico	152
LECCIÓN 4. LA REVOLUCIÓN MARGINALISTA	157
Breve nota histórica: Europa entre 1815 y 1875	157
Las dificultades de Ricardo, nuevamente	160
La declinación de la escuela ricardiana	166
El marginalismo revolucionario	171
La fundación del marginalismo	174
El intercambio puro	181
Del valor de los bienes de consumo al valor de los medios de producción	200
LECCIÓN 5. EL MARGINALISMO DE MARSHALL	207
El triunfo del marginalismo de la mano de Marshall: ¿revolución traicionada?	207
Los "momentos" de la determinación marshalliana del precio	212
La teoría de la distribución de Marshall	226
De la renta de la tierra a la cuasi-renta del capital	232
El dinero y la ley de Say en el sistema marshalliano	236
La Gran Depresión y la teoría marginalista de la ocupación	247
LECCIÓN 6. LA CONTRIBUCIÓN DE KEYNES	253
La época de Keynes	253
La trayectoria intelectual de Keynes y su vinculación con la historia	255
La "teoría clásica" según Keynes	260
Naturaleza profunda de las críticas de Keynes a la teoría clásica	264
Crítica al mercado de trabajo y nueva teoría de la ocupación	273
La propensión a consumir y el incentivo para invertir	283
El sistema completo de Keynes	290
Política monetaria y fiscal	294
Teorías no marginalistas del capital, del dinero y del valor	298

LECCIÓN 7. KARL MARX Y LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA	305
De la filosofía del derecho a la crítica de la economía política	305
El método de Marx y su vínculo con la economía política clásica	309
El análisis de la mercancía	321
El doble carácter del trabajo y el carácter histórico de la mercancía	339
De la mercancía al dinero	348
El fetichismo de la mercancía y su secreto	354
El origen de la ganancia	358
BIBLIOGRAFÍA CITADA	367

Las ideas contenidas en este libro son el resultado de más de una década de experiencia como profesor de Historia del Pensamiento Económico en cursos de grado y posgrado de diversas universidades, entre ellas, las de Buenos Aires, Quilmes y General Sarmiento y también en IDES y FLACSO. A pesar de su título, el verdadero objeto de estudio de este libro no es lo que habitualmente se entiende por historia de la teoría económica ya que, con el transcurso del tiempo, arribé a la conclusión de que no existe una *historia* de la teoría separada de la teoría misma. Se trata, por consiguiente, de un libro de *teoría económica* que contradice los hábitos de la enseñanza propios de la actual ortodoxia en tres puntos esenciales: en primer lugar, se analizarán las teorías de las diversas escuelas de pensamiento, sin restringir la mirada a una sola; en segundo lugar, como material de estudio se emplearán principalmente los textos originales y no los libros de texto o manuales; y, por último, la exposición respetará el orden cronológico de aparición de las teorías, en vez de presentar al cuerpo teórico de la economía como algo acabado y congelado en su estado actual.

Una breve referencia al origen del libro acaso sea la forma más sintética de exponer sus propósitos, alcances y también sus limitaciones. La primera versión de estas lecciones –preparada por una iniciativa de Eduardo Basualdo– se utilizó para el dictado de un curso en la modalidad “virtual”, es decir, por entregas semanales que se difundían periódicamente entre los estudiantes. Al tratarse de un curso relativamente breve, debí abandonar, desde un principio, la pretensión de elaborar un tratado exhaustivo destinado a abarcar todas las épocas, todas las escuelas, todos los autores y todos los temas (empresa que, por otra parte, estimo superior a mis fuerzas). Por lo mismo, el estilo de estas lecciones se ubica en un punto intermedio entre lo oral y lo escrito, lo que explica, además, el discreto empleo de referencias bibliográficas y notas al pie, que deberían poblar el trabajo si fuera un clásico tratado académico.

Quiero expresar mi gratitud, en primer lugar, a Pablo Levín, quien, siendo yo aún estudiante, me inició en la pasión por la teoría económica y su historia. A Miguel Teubal, porque en sus cátedras me ofreció siempre, con una generosidad poco frecuente, un espacio de libertad para desarrollar mis ideas. Augusto Costa hizo una rigurosa revisión general del manuscrito antes de ser entregado para la edición. Agradezco también a Cristian Girard, Guido Starosta, Emmanuel Alvarez Agis, Damián Kennedy, Nicolás Bonofiglio y Federico Bekerman, quienes leyeron y comentaron diversos fragmentos y versiones de este trabajo.

Agradezco a Luis Quevedo, de Eudeba, que me convenció de la conveniencia de transformar el curso original en un libro, y a Pablo Castillo que nuevamente volcó su profesionalismo en la edición.

Por último, a Soledad. Como siempre, me dio su amor y su apoyo incondicional.

Introducción y plan del libro. El actual desprestigio de la historia del pensamiento económico

La historia del pensamiento económico, en tanto campo de estudio e investigación dentro de la teoría económica, está atravesando por una prolongada etapa de duros cuestionamientos y hasta de generalizado desprestigio. Mark Blaug, uno de los más reconocidos especialistas en la materia y un competente observador del estado de la enseñanza de la economía en los países centrales, describía hace algunos años el sombrío panorama:

No es ningún secreto que el estudio de la historia del pensamiento económico es tenido en baja estima por los economistas del *mainstream* [corriente principal] y es muchas veces desacreditado abiertamente como si fuera un trabajo de anticuario. Nada nuevo hay en esto. Prácticamente cada comentarista acerca del papel de la historia del pensamiento económico en la economía moderna en los últimos 30 años se ha lamentado por la declinación constante del interés en el área desde el final de la segunda guerra mundial y por su virtual desaparición de los planes de estudios de las universidades, no sólo en los de postgrado sino también a nivel del grado. La tendencia es más pronunciada en los Estados Unidos que en Europa pero es manifiesta en todas partes (Blaug 2001: 145; trad. AK).

A quien provenga de otras disciplinas y, por tanto, no se encuentre familiarizado con las peculiares actitudes y concepciones que caracterizan a la escuela de pensamiento económico actualmente dominante —conocida como escuela marginalista o neoclásica—, este estado de cosas puede parecerle curioso, en particular cuando se lo

compara con las modalidades de enseñanza de las restantes ciencias sociales, como la sociología o las ciencias políticas, en las cuales el origen histórico de las teorías contemporáneas ocupa siempre un lugar prominente. De más está decir que tal desprecio empujó a más de un especialista en historia de la teoría económica —además de a lamentarse— a concebir sagaces argumentos destinados a persuadir al resto de los economistas de la importancia de su rama de estudio. Sin ir más lejos, hasta el célebre Joseph A. Schumpeter, autor de la monumental *Historia del análisis económico* ([1954] 1982: 38 y ss.), se sintió obligado a invocar tres razones que, a su entender, justificaban el estudio de las teorías económicas del pasado. Éstas son: las ventajas pedagógicas derivadas del conocimiento de la génesis de la economía actual; su papel como fuente de inspiración para nuevas ideas; y, por último, una vaga y genérica referencia al afán por “comprender el espíritu humano”.¹ Sin embargo, más allá de estas consideraciones, el hecho cierto es que, tal como indica Blaug, la historia del pensamiento económico ha pasado a ocupar un espacio cada vez más reducido y marginal en la enseñanza oficial de economía, hasta el extremo de desaparecer por completo de algunos planes de estudio de grado y posgrado.

Por nuestra parte, en cambio, no creemos conveniente dedicar la presente introducción a convencer al lector de la relevancia que reviste la historia del pensamiento económico. En lugar de ensayar una nueva apología, nos proponemos, por así decir, “invertir la carga de la prueba”, proporcionando algunos elementos que acaso ayuden a comprender cuáles son las fuentes que alimentan el menosprecio que los economistas de la corriente principal experimentan por la historia de la economía, por un lado y, en estrecha relación con ello, también por las restantes ciencias sociales.

La “defensa” de la historia del pensamiento económico, por otra parte, tropieza con una dificultad adicional: los argumentos de quienes la desprecian rara vez son explicitados. Cuando se trata de eliminar la asignatura de los programas de estudio, en lugar de ofrecer razones, a menudo se invocan cuestiones de orden práctico, como la necesidad de reducir la extensión de los programas para conservar sólo su núcleo mínimo esencial —en donde se da por descontado que la historia del pensamiento no figura— dotando así de mayor “eficiencia” al proceso de formación.² No es difícil ver que detrás

1. Más recientemente, el debate se reavivó y dio lugar a numerosos artículos, entre los que pueden mencionarse algunos de elocuente título (traducido): “¿A qué precio la historia del pensamiento económico?” (Winch 1962); “¿Tiene la economía un pasado útil?” (Stigler 1969); “¿Después de Samuelson, quién necesita a Adam Smith?” (Boulding 1971); “¿Deben los economistas abandonar la Historia del Pensamiento Económico?” (Corry 1975); “¿Tiene un futuro útil la beca en Historia del Pensamiento Económico?” (Barber 1990); “¿Por qué enseñar la Historia de la Economía?” (Vaughn 1993); “¿A dónde va la historia del pensamiento económico? ¿Hacia ningún lado y lentamente?” (Kurtz 2006). La sola proliferación de preguntas como las que dan título a los citados trabajos es prueba suficiente del grueso manto de sospecha que se cierne en el presente sobre la disciplina.

2. A mediados de la década de 1990 participé como estudiante de los debates en torno de la reforma del plan de estudios de la licenciatura en economía de la Universidad de Buenos Aires. Reconozco que los pueriles argumentos esgrimidos para quitar algunas de las asignaturas del currículo, entre ellas historia del pensamiento económico, me provocaron una impresión honda y duradera.

de este ingenuo pretexto se esconden motivaciones de mucha mayor profundidad y envergadura, que no son invocadas frontalmente.

La omisión de toda referencia a su origen histórico forma en realidad parte de la imagen que el *mainstream* ha construido de sí mismo. Podría decirse que a través de la negación de su propia historia, la economía oficial se concibe como una disciplina sin pasado, aunque paradójicamente siempre actual; o bien como una disciplina cuyo pasado no reviste más que una importancia anecdótica, acaso aun museográfica. Es la misma imagen que reproduce la despreocupada convicción de que la economía es una disciplina en todo aislada y capaz de prescindir de las restantes ramas del conocimiento sobre la sociedad, es decir, sin “hermanas” entre las demás ciencias sociales. Pareciera, pues, que los economistas estuvieran convencidos de que su materia se asemeja a una ciencia exacta o natural, en donde el “progreso del conocimiento” justifica el olvido de las teorías anteriores, por anticuadas y equivocadas. Pero no se trata exclusivamente de parecerse a las llamadas ciencias duras. De esta concepción sobre la naturaleza del progreso de la teoría económica se deriva también el convencimiento acerca de cuál es la única vertiente teórica que debe ser enseñada en las universidades.

Cuando se examinan las causas del menosprecio por la historia, no debe tomarse como un dato menor la posición dominante que alcanzó la escuela marginalista hace más de un siglo. Acaso sea cierto que cualquier corriente teórica que consiguiera conquistar un lugar hegemónico tan contundente como el que el marginalismo ocupa en la actualidad sería proclive a cargarse de prepotencia y, por tanto, a considerar que tal predominio se debe al hecho de que se ha alcanzado ya la cima del conocimiento. Y cuando las teorías anteriores se observan desde las alturas de esta presunta cúspide del saber, por fuerza se empequeñecen hasta perder toda relevancia en el presente.

Pero, ¿es cierto que la hegemonía de una determinada corriente es expresión del triunfo teórico? En primer lugar, no puede perderse de vista que la larga historia de la economía cuenta con más de un episodio en el que la ortodoxia de turno creyó haber alcanzado la verdad definitiva. Por caso, en sus influyentes *Principios de economía política* de 1848, John Stuart Mill afirmaba que “afortunadamente no queda nada que aclarar en las leyes del valor, ni para los escritores actuales ni para los del porvenir: la teoría está completa [...]” (Mill [1848] 1985: 386). De más está decir que esas leyes se oponen diametralmente a las que predica hoy la ortodoxia.

En segundo lugar, desde aquella posición dominante se dispone de un criterio simple para dictaminar cuál es el “valor” de los aportes de cada predecesor, destacando sus aciertos y señalando sus errores. El procedimiento consiste en examinar hasta qué punto estas ideas “primitivas” coinciden con las actuales, para distribuir así las consagraciones u olvidos del presente. Muchos de los manuales marginalistas de historia del pensamiento económico se entregan con desparpajo a este ejercicio. Más aun, en un período de sólido e indiscutido predominio, como el actual, esta mirada autosuficiente suele hacerse todavía más severa, al punto de convertir el estudio de los precursores en

una empresa casi únicamente autoconsagratoria y, a la vez, similar a una suerte de visita turística al museo del pasado; un museo compuesto mayormente por piezas muertas. Es por eso que la historia de la teoría se convierte en un pasatiempo que puede interesar exclusivamente a los economistas extravagantes o presumidos, o bien, tomando nuevamente la expresión de Blaug, en una empresa de anticuarios, cuyo provecho científico —agregamos nosotros— es escaso o nulo.

Como se dijo, sólo es posible arribar a estas conclusiones recurriendo a una concepción llamativamente ingenua acerca del modo en el que las ciencias “progresan”. ¿Cómo avanza la economía? Según esta noción de progreso, las teorías se van perfeccionando con el paso del tiempo mediante una permanente y democrática confrontación en el terreno de las ideas, cuyo resultado es que las teorías equivocadas o defectuosas sean reemplazadas por otras “mejores”, de mayor poder explicativo. Al igual que las especies animales, según demuestra la evolución darwiniana, las teorías estarían sometidas a un proceso de rigurosa selección que desemboca en la supervivencia del más apto. Desde esta perspectiva, es suficiente con que una teoría sea la última “sobreviviente” o bien la más ampliamente aceptada para dictaminar que, por eso mismo, sus enunciados encierran un grado mayor de “verdad” que todas las teorías anteriores, ya sea porque resistió a los ataques contra ella o porque también triunfó en su enfrentamiento con las teorías rivales.³ Por más simple y atractiva que sea esta analogía con la evolución natural, sus diferencias con el desarrollo real de la economía son inocultables.

En primer término, la producción de nuevas teorías económicas, lejos de estar exclusivamente impulsada por el afán de acceder al conocimiento verdadero o de corregir los errores empíricos, formales o conceptuales de las teorías aceptadas, tiene un origen mucho más complejo y, por así decir, oscuro, pues el nacimiento de las ideas económicas se encuentra íntimamente vinculado con las necesidades de cada época histórica. De manera que la romántica representación de la historia de la economía como una desinteresada búsqueda de la verdad está por completo desprovista de realismo.

Otro tanto puede decirse acerca de las causas que conducen a que una determinada teoría económica triunfe sobre las demás. No hace falta adoptar una actitud exageradamente conspirativa para abordar este punto. Hasta el más llano sentido común es capaz de reconocer que, en cada época y lugar, ciertas teorías económicas

3. Aunque aquí se ha presentado de manera muy esquemática, esta concepción acerca del avance de la ciencia se asocia generalmente con la escuela “falsacionista” de Karl Popper. Es cierto que la posición de Popper es mucho más sofisticada, pero citas como la que siguen justifican hasta cierto punto la homologación: “cuando hablo de desarrollo del conocimiento científico, lo que tengo *in mente* no es la acumulación de observaciones, sino el repetido derrocamiento de teorías científicas y su reemplazo por otras mejores o más satisfactorias” (Popper 1967: 250). Tampoco es injustificada la aplicación de este criterio a la teoría económica, pues el propio Popper consideraba al marginalismo (particularmente en su versión austriaca) como un verdadero modelo y pretendía “generalizar el método de la teoría económica [teoría de la utilidad marginal] hasta volverlo aplicable a otras ciencias sociales teóricas” (citado en Hands 1993).

cuentan con mayores oportunidades de imponerse que otras, en arreglo a una serie de circunstancias que no se asocian exclusivamente con la consistencia lógica, el poder explicativo o la capacidad de predicción.

Keynes, por tomar un ejemplo, señalaba motivos completamente ajenos a la proximidad con la verdad cuando intentaba descubrir las fuerzas que convirtieron a ciertas teorías —para él completamente equivocadas y defectuosas— en el *mainstream* durante más de un siglo:

Lo cabal de la victoria de los ricardianos tiene algo de curiosidad y misterio; probablemente se debió a un complejo de conformaciones de la doctrina al medio ambiente en que fue proyectada. Creo que el hecho de haber llegado a conclusiones completamente distintas de las que una persona común sin instrucción del tipo medio podría esperar, contribuyó a su prestigio intelectual. Le dio virtud el hecho de que sus enseñanzas transportadas a la práctica, eran austeras y a veces insípidas; le dio belleza el poderse adaptar a una superestructura lógica consistente; le dio autoridad el hecho de que podía explicar muchas injusticias sociales y aparente crueldad como un incidente inevitable en la marcha del progreso, y que el intento de cambiar estas cosas tenía, en términos generales, más probabilidades de causar daño que beneficio; y, por fin, el proporcionar cierta justificación a la libertad de acción de los capitalistas individuales le atrajo el apoyo de la fuerza social dominante que se hallaba tras la autoridad (Keynes [1936] 2005: 45).

Por consiguiente, el hecho de que una determinada escuela —en nuestro caso el marginalismo— haya alcanzado una posición dominante en el presente está lejos de asegurar por sí mismo que sus teorías sean “mejores” o que posean un mayor contenido de verdad —que sean representaciones adecuadas de los procesos reales. Y, sin embargo, esta parecería ser una de las bases sobre las que se asienta el desprecio que la ortodoxia manifiesta por la historia de la economía.⁴

En este libro, en cambio, se deja completamente de lado la mítica idea de que la teoría económica se desarrolló a través del incansable avance por un sendero único que, en un proceso esencialmente acumulativo, desembocó en la conformación del cuerpo

4. Aunque esta imagen debe tomarse como una esquemática reconstrucción algo exagerada, tampoco se aleja tanto de la situación actual. Por caso, un libro de texto de historia del pensamiento económico muy difundido en la actualidad aclara desde sus primeras páginas que se abocará exclusivamente a la historia de la corriente teórica principal. Lo justifica arguyendo dos razones: “En primer lugar, la corriente principal de la economía representa el consenso sobre lo que es la economía en todas partes. En segundo lugar, una perspectiva histórica sobre la corriente principal de la economía puede ser de gran valor para el estudiante contemporáneo de esta disciplina. En nuestra aproximación pedagógica, por tanto, la heterodoxia se introduce en el estudio histórico o como un desafío directo a la ortodoxia reciente o como una variación sobre el tema de la corriente principal de la economía” (Ekelund y Hébert 1992: 4). El planteo, al menos, no carece de honestidad.

teórico de la actual ortodoxia marginalista. Cuando, para variar, en lugar de recurrir a esta falsa idea sobre el progreso de la economía se observa la forma que en realidad adoptó este desarrollo, resulta difícil ocultar que, a cada paso y ante cada problema, se enfrentaron explicaciones rivales, dando lugar, muchas veces, a feroces controversias. Estos debates, en lugar de saldarse mediante la capitulación o el acuerdo, se resolvieron, en numerosas oportunidades, a través de la aparición de “bifurcaciones” en el desarrollo de la teoría. De esta manera se fueron conformando diversas “escuelas” o “sistemas teóricos” en permanente confrontación. El desarrollo de la economía, por consiguiente, no siguió un solo camino, sino varios.

Siempre, indudablemente, uno entre los diversos *sistemas* logra conquistar una mayor aceptación durante un período determinado; pero es también cierto que ninguno de ellos logró nunca “destruir” por completo a los demás, ganándose la aceptación unánime de todos los economistas. Es por eso que resulta improbable que el estudio de la historia del pensamiento económico pueda abordarse fructíferamente sin aceptar que la teoría económica no fue nunca ni es en la actualidad una sola —el *mainstream*— sino que comprende diversas escuelas de pensamiento y que cada una de ellas proporciona explicaciones distintas y hasta contrapuestas para los mismos fenómenos económicos. Puede decirse entonces que el desprecio de la historia por parte de la ortodoxia es, en realidad, un subproducto de su negación de la relevancia de las demás vertientes, negación que se pone de manifiesto cuando sostiene que hay una única teoría económica —la suya— y que las restantes teorías fueron ya superadas. Ésta es precisamente la conexión que buscábamos: sólo si el desarrollo del pensamiento económico pudiera representarse como el tránsito ascendente por un camino único lineal y progresivo que desembocó en las verdades de la ortodoxia actual habría que aceptar que la historia de la teoría carece prácticamente de interés.

Un curso de historia del pensamiento económico que, como éste, se encuentra exento de los prejuicios del *mainstream*, no puede tampoco ocuparse con exclusividad de las teorías del pasado, a las que considera superadas o abandonadas. Su objeto de estudio es otro muy distinto: el libro se aboca al análisis del proceso de gestación y formación de los diversos sistemas teóricos alternativos —entre ellos, el de la actual ortodoxia marginalista—. Desde esta perspectiva, podría decirse que estas lecciones no se ocupan, en realidad, de la historia de la teoría (en el sentido ortodoxo) sino que forman parte de un curso de teoría económica que, a diferencia de la enseñanza oficial, parte de reconocer que existen diversos sistemas teóricos y se interesa por las circunstancias y por los debates que dieron lugar a la génesis y al desarrollo de cada uno de ellos, así como a las conexiones que los unen y a los puntos que los separan.

Es por eso que, según creemos, incluso quienes estén principalmente interesados por la teoría ortodoxa, sacarán provecho también al adoptar este enfoque ya que, en general, el *mainstream* está acostumbrado a difundir sus ideas a través de libros de texto, manuales o tratados, en lugar de recurrir a los autores originales, en especial a

los “padres fundadores” de la teoría. Y estos mismos libros de texto contribuyen a crear una falsa imagen según la cual el estado en el que se encuentra la teoría en cada momento coincide con su forma definitiva y que, por tanto, el campo de la economía está desprovisto de controversias y debates en curso. Así, la enseñanza a través de manuales se convierte en uno de los principales instrumentos para negar la historia de la teoría y, con ella, la existencia de teorías alternativas.

Tampoco esta tendencia es un patrimonio exclusivo de la actual ortodoxia. Cada vez que una escuela alcanzó la posición dominante, se preocupó por ocultar las discusiones que dieron lugar a su nacimiento, desautorizando así a los interlocutores de las otras vertientes. Sin embargo, como se verá más adelante en estas lecciones, el estudio de los textos de la “época heroica” de la ortodoxia —la etapa en la que ella misma ocupaba un lugar secundario y debió, por tanto, adoptar prácticas confrontativas para imponerse— permite comprender con claridad cuál es su núcleo teórico distintivo. La efectividad pedagógica de los libros de texto es indiscutible y, sin embargo, al suprimir la historia del pensamiento económico para borrar las huellas de su propia génesis, consiguen muchas veces anestesiar el sentido crítico de los estudiantes y, de este modo, la teoría misma pierde su interés para convertirse, paradójicamente, en pensamiento autista, en pensamiento muerto.

Algunas observaciones sobre el enfoque adoptado

Apenas se abandona la idea de que en el campo de la economía existe una sola corriente teórica que fue perfeccionando su capacidad explicativa con el transcurso del tiempo y se acepta, por el contrario, que existen diversas escuelas alternativas de pensamiento, se advierte en seguida que la forma más fructífera para abordar el estudio de la teoría económica consiste en adoptar una perspectiva histórica.⁵ Para hacerlo, es preciso sustituir la enseñanza a través de libros de texto por el trabajo directo, de primera mano, con las obras originales de los principales representantes de cada una de las vertientes. Una vez que se hace esto, el ordenamiento cronológico de las lecturas se impone naturalmente, ya que estos autores sostuvieron polémicas con los miembros de su propia escuela y con los de otras vertientes, lo que obliga a avanzar en una determinada dirección y —además— porque detrás de los autores que son cabeza de una escuela se alinearon otros economistas en calidad de discípulos que recurren permanentemente a sus textos. Si sus obras no se estudian siguiendo la secuencia de su aparición, las

5. El ya mencionado Mark Blaug confiesa que al elaborar su famosa *Teoría económica en retrospectiva* “he tratado de escribir una historia del análisis económico que lo presente surgiendo del análisis anterior, impulsado por el deseo de refinación, mejoramiento, perfeccionamiento, un deseo que los economistas comparten con los demás científicos” (Blaug [1962] 1985: 12), luego de aclarar que “Este libro contiene un estudio de la coherencia lógica y el valor explicativo de lo que ha llegado a conocerse como la teoría económica ortodoxa” (Blaug [1962] 1985: 9).

frecuentes “referencias cruzadas” entre los diversos textos se vuelven indescifrables. Los libros de texto recurren al material original sólo ocasionalmente y con el propósito de obtener algún respaldo de la autoridad. No obstante, la economía teórica se desarrolló a través de un diálogo —una discusión— permanente entre sus protagonistas y, por lo tanto, la recreación de esas controversias es uno de los recursos pedagógicos más provechosos para su estudio.

En este libro se empleará, pues, como material de lectura principal a algunos de los más importantes textos originales de teoría económica. Aunque el trabajo con los textos originales no es en modo alguno una misión imposible, hay que aceptar que su estudio presenta ciertas dificultades que, no obstante, pueden sortearse si se adoptan ciertos recaudos. Entre estos escollos, hay uno que se destaca especialmente: las obras teóricas novedosas están generalmente dirigidas a un público especializado y, en consecuencia, su complejidad es mucho mayor que la de un libro de enseñanza o divulgación. De hecho, este elevado grado de complejidad se convirtió muchas veces en una excusa masivamente utilizada para excluirlos lisa y llanamente de la bibliografía de los cursos de enseñanza de economía —de nivel introductorio pero también avanzado—. En su lugar se recurre a los mencionados manuales o a textos de divulgación —*vulgatas*—, a los que se considera a la vez accesibles y “modernos”. A nadie se le escapa, no obstante, que en cada una de estas maniobras de presunta inocente simplificación suele inmiscuirse la particular interpretación del autor que las realiza. Así, no pocas veces lo que se presenta como un resumen es, en realidad, una falsificación de las ideas originales que pretende sintetizar.

Es por eso que en estas lecciones evitamos recurrir a los innumerables divulgadores e intérpretes de los autores originales. No se ignora la dificultad de la tarea, todo lo contrario, pero no se considera a esa dificultad una razón válida para privar a los estudiantes —adoptando una actitud paternalista— del contacto con las obras cardinales de la economía. En lugar de abandonar el trabajo por su complejidad, lo abordaremos recurriendo a una estrategia expositiva concebida a tal efecto. ¿Cómo evitar que este libro se convierta en otra “interpretación” más, entre tantas, de los originales? La respuesta es simple: trabajando con ellos. El dispositivo consiste, sintéticamente, en transcribir algunos de los pasajes más relevantes de las obras seleccionadas para luego analizarlos y discutirlos en el cuerpo del texto. Como estos comentarios no están exentos de su propia carga interpretativa, se espera que el lector recurra por su cuenta directamente a los libros analizados para formarse así una opinión propia. En rigor, este recurso funciona únicamente si el lector se esfuerza en polemizar con la interpretación que se ofrece, en lugar de aceptarla o rechazarla acríticamente. Porque este curso no puede —ni se propone— sustituir el esfuerzo de la lectura completa de los originales, sino que busca debatir con ellos y ponerlos en relación.

Como corolario, creemos que el estudio de los textos originales proporciona, por sí mismo, una sólida demostración de que la enseñanza de teoría económica es, en realidad,

inseparable del estudio de la historia del pensamiento económico; son, en rigor, dos caras de una misma moneda, pues es imposible comprender sin tergiversarla la una sin el auxilio de la otra.

De la misma manera, también la historia —no nos referimos ahora a la historia de las teorías sino a la historia económica, social, política— formará forzosamente parte de las incumbencias de estas lecciones. Esto se debe a que el desarrollo del capitalismo impuso, a su paso, violentas transformaciones en los procesos económicos; tales cambios se vieron inexorablemente reflejados en los problemas abordados por los economistas y, por tanto, también en la teoría misma. Estos novedosos fenómenos económicos con los que los autores fueron tropezando dieron lugar incluso a nuevas categorías y a renovados esfuerzos explicativos. A modo de ilustración, basta con recordar las abrumadoras consecuencias en el campo de las teorías sobre el desempleo que tuvo la Gran Depresión o los duraderos efectos que produjo la caída del patrón oro en la esfera de la teoría monetaria. Más todavía: a simple vista resalta una estrecha correlación entre las profundas crisis económicas que experimentó el sistema capitalista y las llamadas “revoluciones” en el plano del análisis (p.e. 1870, 1890, 1930, 1970). Por tanto, la conexión entre la teoría y la historia es demasiado estrecha como para ignorarla. Sin embargo, principalmente por razones de extensión, aquí nos veremos obligados a profundizar en este vínculo menos de lo que deseáramos, realizando sólo breves alusiones a los hechos que enmarcaron y dieron lugar al surgimiento de las diversas teorías.

Por último, es conveniente realizar algunas precisiones de orden terminológico. Hasta aquí hemos utilizado con liviandad términos como “teoría”, “sistema teórico” y “escuela de pensamiento”. No obstante, antes de adentrarnos en la materia, debe dejarse en claro que nuestro objeto de estudio no está principalmente formado por las ideas de los autores individuales y que tampoco nos abocaremos en detalle a analizar los desarrollos que sobre la base de aquellas ideas originales elaboraron sus respectivas “escuelas”, es decir, sus discípulos y continuadores. La primera opción la descartamos porque por deslumbrante que sea el genio de un economista, la producción del conocimiento es, por su naturaleza, un proceso necesariamente social, es decir, el resultado de la creación colectiva. Parecería entonces que lo adecuado sería inclinarse por la segunda opción mencionada y dedicarse a reconstruir en detalle la formación de cada una de las distintas escuelas, cotejando las ideas de los diversos autores que participan de una misma vertiente. No obstante, esta tarea exigiría la inclusión de un número mucho mayor de obras que el que la extensión y los propósitos de este libro admiten. Como respuesta a esta dificultad (un autor por escuela es insuficiente, todos ellos son demasiados), nos proponemos escoger como unidad de análisis no a un autor aislado ni a su escuela completa, sino a lo que denominaremos “sistema teórico”. Definimos a un sistema teórico como un conjunto de “teorías” que son consistentes entre sí, que se necesitan e implican mutuamente y que abarca a las principales categorías económicas.

Siguiendo la terminología de buena parte de los economistas que estudiaremos, utilizamos en adelante la palabra “teoría” para referirnos a la “explicación” proporcionada para un determinado fenómeno o categoría económica. Nos referiremos, por ejemplo, a la “teoría del salario”, la “teoría de la ganancia” o la “teoría de los precios”. Sin embargo, la palabra “explicación” resulta demasiado amplia, pues distinguiremos, además, entre dos tipos distintos de explicaciones. Por un lado, se encuentran aquellas explicaciones que remiten exclusivamente a las relaciones causales y cuantitativas que pueden establecerse entre las distintas variables. Por ejemplo: “un incremento del salario tiene como consecuencia un incremento en el precio”. Esta causalidad puede expresarse matemáticamente a través de una relación funcional (el precio *depende* del salario). Hoy se denomina *modelo* a la reunión de varias de estas relaciones funcionales.⁶ Pero la palabra “explicación”, cuando se aplica a una determinada categoría, remite también a la discusión en torno de lo que en otro lado hemos denominado *fundamentos teóricos*, es decir, a la indagación acerca de la naturaleza misma de esas formas económicas, que permiten responder preguntas como las siguientes: ¿qué es el precio?, ¿por qué las “cosas” tienen precio?⁷

En síntesis, dedicaremos estas lecciones al estudio de la formación de los principales sistemas teóricos de la economía moderna, estudio que abordaremos principalmente mediante el análisis de los textos de los autores que colocaron las piedras fundacionales de cada uno de ellos. Queda, pues, fuera de nuestro alcance un voluminoso material, ya que nos abocaremos exclusivamente a cuatro de estos sistemas teóricos: el sistema clásico, el sistema marginalista, el sistema keynesiano y el sistema marxista. El recorte que realizaremos es aun más amplio, pues en lugar de estudiar los sistemas completos nos limitaremos sólo a la porción que se denomina habitualmente “teoría del valor y de la distribución”, en la que se examinan las determinaciones de los precios, el salario, la ganancia y la renta.

Con la excepción de Keynes, todos los autores que se estudiarán ubicaron la discusión acerca de los determinantes del valor y de la distribución al comienzo de sus respectivas obras, lo que facilita considerablemente el trabajo con los originales. Como puede verse, hemos omitido a las corrientes que preceden a la aparición del sistema clásico, es decir, a las escuelas que generalmente se denominan antigua, mercantilista y fisiócrata. Esta ausencia responde a dos motivos. En primer lugar, si bien en algunos de estos casos podría identificarse a una “escuela” más o menos compacta —en particular con los fisiócratas—, resulta en cambio sumamente difícil en otros identificar un verdadero sistema teórico, vale decir, un conjunto consistente y único de teorías, excepto que se apele al uso de “recursos interpretativos” tan violentos como arbitrarios. En segundo lugar, existe una razón de índole histórica, pues la teoría económica moderna nació al calor de la consolidación del régimen capitalista, de manera que si nos limitamos a los sistemas

6. La definición usual de modelo es “representación simplificada de la realidad”.

7. Para una discusión más detallada sobre esta distinción, ver *Fundamentos de la Teoría General. Las consecuencias teóricas de Lord Keynes* (2007: 31).

estrictamente modernos no sería aconsejable extender la investigación más allá del último tercio del siglo XVIII, es decir, de la llamada revolución industrial.⁸

Hechas estas aclaraciones, presentamos a continuación la estructura del libro.

Estructura del libro

Comenzaremos exponiendo el sistema clásico. La *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las Naciones* de Adam Smith (1776) abarca las dos primeras lecciones. El extenso tratamiento se justifica por la importancia, difícil de exagerar, que tiene esta obra fundacional. La lección tercera cierra la caracterización del sistema clásico valiéndose para ello del análisis de los *Principios de economía política y tributación* de David Ricardo (1817). También aquí nos referiremos, sucintamente, a los más renombrados seguidores de Ricardo, deteniéndonos en particular en la contribución de John Stuart Mill quien, con sus *Principios de economía política* (1848), se convirtió en el principal exponente de la teoría clásica durante casi toda la segunda mitad del siglo XIX, pese a que su sistema teórico se apartaba significativamente de las ideas originalmente propuestas por Smith y desarrolladas luego por Ricardo.

A fines del siglo XIX comienza el ocaso del sistema clásico. Nacen entonces dos nuevos sistemas que se le oponen con dureza, aunque por motivos distintos, y que siguieron directrices muy diversas: el sistema marginalista y el sistema de Marx. Se produce entonces una bifurcación en la trayectoria de la teoría económica, lo que nos obliga a escoger entre alguno de los dos caminos para continuar el recorrido. La lección cuarta se ocupará de los tres libros que de forma casi simultánea e independiente dieron inicio a la llamada “revolución” marginalista: *La teoría de la economía política* de William Stanley Jevons (1871), los *Principios de economía* de Karl Menger (1871) y los *Elementos de economía política pura o la teoría de la riqueza social* de Marie Espirit León Walras (1874). Como es bien sabido, la revolución marginalista no cosechó demasiadas adhesiones en la década de 1870, ni en la siguiente, y recién alcanzó el éxito casi veinte años después de iniciada, es decir, cuando Alfred Marshall publicó sus influyentes *Principios de economía* (1890). Nuestra lección quinta se dedica a estudiar esta última obra, estableciendo los puntos de identidad así como las diferencias que separan al sistema marginalista según la versión ofrecida por los tres autores fundadores (marginalismo versión 1) del sistema marginalista que propone Marshall (marginalismo versión 2). Se enfatizarán especialmente las diversas actitudes que estos autores adoptaron con el sistema clásico; actitudes que más que distintas, como se verá, son contrapuestas.

8. “La economía política nació con su objeto, la sociedad capitalista” (Levín 1995: 357).

En la última década del siglo XIX el sistema marginalista logra conquistar la posición hegemónica que conserva hasta el día de hoy. Para conocer su derrotero, en la lección sexta nos adentramos en la tercera década del siglo XX, cuando una nueva realidad económica asociada con la honda crisis de la década de 1930 hace surgir de entre las filas del marginalismo una fuerte reacción contraria a las ideas de la ortodoxia, dando a luz al sistema propuesto por John Maynard Keynes. La *Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero* (1936) contiene –ateniéndose a las palabras de su autor– una apasionada crítica al marginalismo dominante.

Por último, en la séptima y última lección, retomaremos la otra rama teórica surgida en el último tercio del siglo XIX que habíamos abandonado en la lección cuarta. Casi exactamente en los mismos días en los que Jevons, Menger y Walras realizaban el trabajo de parto para dar a luz al sistema marginalista, Karl Marx publicaba *El capital. Crítica de la economía política* (1867), una obra por medio de la cual, al igual que los marginalistas, se proponía superar al sistema clásico.